

RECENSIONES

EN TORNO A CINCO ESTUDIOS SOBRE LA PRENSA

La circulation des informations. Etude menée avec la collaboration de directeurs de journaux et d'agences de presse ainsi que de correspondants à l'étranger dans dix pays. Institut International de la Presse, Zurich, 1953. Pp. 296.

L'amélioration des informations. Etudes de l'IIP, 1. Institut International de la Presse, Zurich, 1952. Pp. 36.

L'information sur l'URSS. Etudes de l'IIP, 2, Institut International de la Presse, Zurich, 1952. Pp. 56.

The News from the Middle East. IPI Survey, 3. The International Press Institut, Zurich, 1954. Pp. 116.

Les pressions du Pouvoir sur la Presse. Etudes de l'IIP, Institut International de la Presse, Zurich, 1955. Pp. 136.

I

La importancia de las noticias extranjeras se advierte no sólo en cuanto a su relación con la actualidad —en tanto son «noticias»—, sino igualmente por lo que las configura como informes en virtud de los cuales los pueblos de los distintos países fundan algunas de sus decisiones. Las relaciones entre los gobiernos resultan influidas más que nunca por la idea que los ciudadanos se forman sobre el interés de esas mismas relaciones, y esta idea procede en buena parte de las noticias que han alimentado su curiosidad. Las noticias extranjeras son, además, no solamente muy importantes, sino cada vez más complejas, y he aquí que precisamente cuando ha aumentado su valor documental va siendo más difícil garantizarlo.

Sobre el reconocimiento de tal situación, el Instituto Internacional de la Prensa resolvió llevar adelante una investigación que permitiese proceder al más completo análisis del volumen y de la naturaleza de la circulación de las noticias, a la delimitación de las «zonas de ignorancia» que en cada país existen en relación con otros, a determinar la posible motivación de esas zonas, a elaborar los métodos que eventualmente puedan mejorar la circulación de las informaciones y a reforzar, en fin, la cooperación de los directores de diarios entre sí y de éstos con las agencias de noticias.

El objetivo se presentaba, pues, ambicioso, y el «rapport» obtenido lo deja ver no del todo realizado. No solamente faltan puntos de apoyo para una consideración que permita obtener conclusiones generalmente válidas, sino que —como el mismo «rapport» reconoce— únicamente podrán lograrse éstas por medio de esfuerzos que se desarrollasen sin descanso. El libro que recoge lo hasta ahora hecho no es sino una etapa en la labor propuesta. Mas, aún así, representa un primer eslabón, desde el cual es posible contemplar el horizonte.

Se estudian, en efecto, nada más tres campos: los Estados Unidos, la India y una mutilada Europa occidental. Aquí el estudio ha sido centralizado en Zurich y se ha basado en el flujo informativo que pasa por la Alemania federal; Estados Unidos se ha estudiado en Nueva York, y la India en Madras. Se escogieron grupos representativos de prensa diaria y se analizó su contenido; se interrogaron corresponsales, directores y jefes de agencias; se llevaron a cabo sondeos de opinión... Varias Escuelas de Periodismo y algún Instituto de investigación de la opinión tomaron parte importante; una masa de material pudo ser así recogida, sistematizada y sometida al parecer de ciertas personalidades, directores de agencias y de diarios. Todo se explica en un anejo que documenta las líneas generales y los datos concretos expuestos en el volumen. Cerca de doscientos diarios y medio centenar de servicios informativos de agencias fueron atendidos durante cuatro semanas no consecutivas escogidas en los meses de octubre a enero de 1952-1953. Las conclusiones que se deducen son, en breves palabras, las siguientes:

La fuente principal de información para el periódico de tipo medio son los servicios de agencia. Estos comprenden un gran número de noticias del extranjero, si bien fuertemente concentradas en torno a algunos grandes países y determinadas organizaciones

internacionales. El problema que se plantea es el de reducir esta información: reducirla de forma que no falten los elementos que figuran la continuidad del reportaje, o supliendo esta visión de totalidad mediante una interpretación del conjunto.

El lector medio no sigue sino una parte de esas noticias; conoce apenas los acontecimientos producidos en el extranjero, y no desea ver reducida la extensión de las noticias locales o nacionales en beneficio de las extranjeras. Para que fuese más atractiva esta lectura habría que dar a la información todas las explicaciones que conviniesen a la mejor comprensión de cada hecho.

Para aclarar las partes oscuras de la imagen que se da con tales informaciones no sólo ha de variarse el contenido de la noticia, sino el mismo método de redacción. El punto de vista humano y no lo sensacional es lo que más importa. Mirar en la noticia aquello que resulte significativo.

Consecuentemente las mejoras dependen en general de los directores de los periódicos. Hay que ver si la información que se publica es suficiente y si acaso, aun siendo vasta, resulta fragmentaria. Es siempre cuestión de escoger, pero de escoger aquello que sea significativo y que proyecte luz sobre el fondo.

* * *

Lo que toca a los Estados Unidos ofrece en estos años una enorme importancia. Allí la prensa alimenta su información de tres fuentes: agencias, corresponsales y servicios de cadena. Las agencias proporcionan tres cuartas partes del caudal noticiable.

Cerca de doscientos diarios utilizan los mazos de información de las tres agencias —«Associated Press», «United Press» e «International News Service»—, doscientos cincuenta los de «Associated Press» y «United Press», y el resto también dos, preferentemente la «Associated». Los corresponsales sólo los tienen los diarios de Nueva York, Boston y Chicago; otros periódicos acuden al sistema de enviados especiales, y es frecuente que los reportajes así obtenidos se revendan a otros diarios vinculados así en esta información. Solamente las agencias ofrecen a los diarios ochenta mil palabras cada veinticuatro horas, predominando las noticias de interés oficial o semioficial, y de interés humano sobre las de interés social. Dos tercios y a veces la mitad del servicio americano

de las agencias son absorbidos por la política y las relaciones internacionales. Andan en cabeza las Naciones Unidas, las zonas de intervención, Inglaterra, Francia, Alemania, Japón e Italia.

Sorprende el nivel extremadamente bajo en el cual se sitúa el americano medio en relación con el conocimiento de las cuestiones internacionales. Hay, además, falta de interés por tales cuestiones, bien porque no se las comprenda, bien porque se las estime demasiado complicadas, bien porque no se ponga atención en las mismas. El americano medio lee ante todo información local, luego noticias de deportes, bastante más abajo la información nacional y en cuarto o quinto lugar la noticia del extranjero. Así no hay que extrañarse de que pidan noticias redactadas más sencilla y comprensiblemente, más ilustraciones (no sólo fotos, sino especialmente croquis), noticias más exactas, con mayor interés humano y mejor presentadas.

La principal reforma que cabe acometer es la formación de los corresponsales, para que se abandone el reportaje superficial e inexacto. No es cuestión de estimar, como algún director opina, que sólo a los tres años de residir en un país es cuando empieza a ser valiosa la aportación del corresponsal norteamericano, sino que hay que escogerlo bien y no enviarlo sencillamente porque sea buen repórter, sin conocer la historia, las instituciones y la política tradicional del país adonde es destinado.

* * *

En relación con la Europa occidental el Instituto estudia ocho países, con distintas características en presentación y salvo Suecia y Suiza, víctimas de la escasez de papel. Allí está Gran Bretaña con su concentración de tiradas, desarrollo de la prensa dominical, sistema de cadenas y vivo contraste entre los diarios de calidad y los llamados populares. Allí Francia con la casi absoluta renovación de la imagen y de los perfiles de la vieja prensa parisina y el auge postbélico de la provincial, la debilitación de los diarios dependientes de partidos. Se estudian igualmente Bélgica, Italia, Suecia, Suiza, Holanda y Alemania. Falta, por consiguiente, y de modo expresivo, este rincón del mundo que es la Península Ibérica.

En todos aquellos países la base de la información extranjera

está en las agencias. Inglaterra acoge los servicios de Reuter, pero asimismo los de las agencias norteamericanas «United Press» y «Associated Press», y de la también británica, pero más modesta, «Exchange Thelegraph». Dispone para la prensa de provincias de un servicio especial de distribución: la «Press Association». Francia cuenta con su propia agencia «France-Presse» «que se beneficia de una ayuda financiera del Gobierno», y utiliza las dos principales norteamericanas y la inglesa. Italia encauza por su «Ansa» la información de agencia, especialmente aceptando el canal Reuter, pero muchos periódicos reciben otros servicios, concretamente los de las tres agencias yankis. En Bélgica una agencia propia distribuye «Reuter» y «France-Presse», y varios periódicos reciben los servicios norteamericanos... Los corresponsales en el extranjero descuellan en la prensa parisina e italiana, donde especialmente llama la atención el tono literario de esta tarea... Alemania ha tenido que salvar muchas dificultades económicas; los periódicos no podían pagar corresponsales, y así surgió la organización cooperativa «Dimitag»...

Resulta, pues, que en Europa agencias y corresponsales encauzan la totalidad de la información extranjera, no dándose el papel que toca en Estados Unidos a las cadenas de crónicas y «columnas». En su conjunto, frente a las ochenta mil palabras que da Norteamérica, Europa lanza diariamente unas ciento treinta mil, con notables variaciones de volumen por agencia entre doce y cuarenta mil palabras.

En su conjunto, en Inglaterra, Francia e Italia, el lector medio tiene un conocimiento muy fragmentario de los acontecimientos internacionales más importantes y su índice de receptividad se liga al índice mismo de la proximidad del hecho. En general la información procede de la prensa (mientras que en Estados Unidos depende de la radio), pero ni los franceses ni los italianos se muestran muy satisfechos de la labor desarrollada por los periódicos. Hay, además, amplias zonas de ignorancia. Los ingleses han dado prueba de estar mejor informados. En su disculpa afirman que tal información es demasiado compleja y difícil, que habría que explicar al lector muchas cosas, que hace falta más ilustración... e incluso que debe exigirse al periodismo mejores periodistas «que no hagan política y que no traten de servir a su periódico como a una revista literaria».

Para mejorar la situación se pide que se cuide de ciertas regio-

nes desatendidas: Asia, Rusia y satélites, América del Sur; que se den reportajes interpretativos, más objetivos y más exactos, en fin, que se atienda la formación del corresponsal. Aunque en Europa este punto esté en general mejor resuelto que en Norteamérica, también se pide que el corresponsal no salga sin una preparación en materia de historia, economía y política del país del cual ha de darnos una imagen. También hay que vigilar las informaciones dadas por los enviados especiales que procuran a toda costa «lucirse».

* * *

La India, tan antigua, es un hecho nuevo en la actual proyección universal del mundo. Importa, pues, contar con ella y estudiar lo que le damos y lo que nos dé. Para los trescientos sesenta millones de habitantes de la India hay unos trescientos diarios, pero sus tiradas no llegan más que en el ejemplo del *Times of India* a los cien mil ejemplares, y esta tirada se reparte entre tres ediciones. La mayor parte de los diarios no pasa de los diez mil ejemplares. Hay, además, prensa en inglés y prensa en los diversos idiomas indígenas. Todo ello ofrece el panorama como muy fluido, y acaso favorable a la predominante influencia de la radio.

Los servicios del extranjero se transmiten por una agencia nacional distribuidora: «Press Trust», que recoge «Reuter», y entidades filiales de las agencias americanas y de la francesa. De este modo resulta que la mayor parte del reportaje sobre Occidente es proporcionado por periodistas que no son hindúes. La información extranjera es muy importante en los diarios impresos en inglés y algo más de la mitad de ese índice en los hindúes. Las agencias comunican sobre treinta y seis mil palabras diarias. Rusia y Estados Unidos parten casi por completo el uso de la superficie tipográfica destinada a la información extranjera. De ahí que únicamente se pida más información sobre los países vecinos Japón e Indonesia, Paquistán y Ceilán, China y Birmania... También urge desmontar la visión parcial de las grandes potencias, sustituyéndolo por el de las organizaciones internacionales. Se pide, en fin, un reportaje más concreto y más claro, una sustitución de personal: han de ser hindúes los corresponsales para que se pueda dar al hindú una visión adecuada y recta... Y, desde luego, la

formación de nuevos corresponsales es un objetivo puesto a la orden del día.

* * *

El volumen que vamos resumiendo hace una interesantísima confrontación de los juegos informativos de cada serie o grupo de naciones. La información norteamericana en Alemania y la alemana en Norteamérica, la información italiana en Francia y la francesa en Italia, etc. Esta es una valiosa aportación en cuyo mismo esquema anda el conocido folleto de la Unesco *Une semaine dans le monde*, debido al experto Kayser. En España utilizamos los dos trabajos para una labor seminarística en el Curso de Periodismo de la Universidad Internacional de Santander, en 1955: «La información extranjera en la prensa española». También aquí el tema de fondo era la agencia; también aquí importaba el papel del corresponsal. Si la agencia era el acorazado —como había dicho el director de la «Efe», Gómez Aparicio—, el corresponsal era el submarino o el torpedero, según explicaba Schulz, corresponsal de la «Dimitag» en España. Es lástima que estos trabajos no tengan un encuadramiento científico. Incluso al que comentamos la revista *Gazette* le puso alguna objeción partiendo de esta misma acera. Porque, en fin de cuentas, las «mass communications» constituyen una zona demasiado influyente en la vida y en la historia para dejarla en el puro mundo de lo gubernamental... o de lo que calificamos de político encubriendo el trasfondo de lo tendencioso. El material reunido por el Instituto Internacional de la Prensa es así material doxológicamente valioso, pero también científicamente interesante. Habría que buscar que una cosa no dañase a la otra. O como decimos en España, que lo valiente no quite a lo cortés...

2

Uno de los objetivos esenciales del Instituto Internacional de la Prensa, consiste en aumentar y consolidar la circulación de las noticias entre los pueblos; pues éstos —se dice en la introducción al estudio que señalamos— no llegarán a comprenderse mu-

tuamente sino mediante noticias transmitidas y difundidas sin obstáculo alguno. Si la opinión pública es advertida, puede esperarse una reacción prudente, si no, los pueblos tendrán otra manera de comportarse. Y parece fuera de duda que no hay opinión pública que pueda reaccionar si está mal informada.

Hay, pues, que preguntarse si esta opinión puede decirse bien informada, y si la contestación es negativa importa buscar los porqués. Con tal fin, el Instituto distribuyó, en octubre de 1951, un cuestionario sobre mejoramiento de informaciones en materia internacional y obtuvo una serie de respuestas que quedan aquí clasificadas. Se acudió a directores o redactores responsables, principalmente de los Estados Unidos y de la Europa occidental, dejando fuera a la Unión Soviética y a la Europa oriental, así como a Persia, Egipto, Yugoslavia, Argentina y España, «donde la prensa está sometida a restricciones de un rigor que varía de un país a otro». Los problemas abordados fueron tres: político, económico y profesional.

En cuanto al problema político se considera la actitud gubernamental, que aumenta las restricciones de «seguridad», que muchas veces se refieren a la seguridad de quienes mandan. En los Parlamentos hay una tendencia a limitar los reportajes y a impedir la información directa de pasillos; otra, en los Departamentos ministeriales a interponer agentes y funcionarios entre el hecho y el periódico... El problema económico está relacionado con la escasez y la carestía del papel, dificultad más dañosa que la misma censura. Está también el tema de las tarifas telegráficas. En lo profesional resultan dañosas las actitudes de las agencias que tienden al sensacionalismo, a la actualidad política, la carencia de interpretación, la falta de interés humano, la restricción del reportaje geográfico y la forma demasiado nacionalista de tratar las cuestiones.

Los doscientos cuarenta y ocho directores o redactores responsables de diarios de cuarenta y un países hacen también sus propuestas de solución: estiman que en lo político hace falta restringir el número e influencia de los funcionarios encargados de las relaciones públicas, información más clara y acción común frente a todas las restricciones inconvenientes. En lo económico habría que ir a la creación de un «pool» internacional del papel y a la rebaja de tarifas telegráficas. En lo profesional debería

haber mayor número de corresponsales y corresponsales mejor preparados y más en contacto con la vida del país donde residen y de aquellos otros a donde se extiende su zona de actuación.

3

La búsqueda de informaciones sobre la Unión Soviética no puede ser comparada a la de otros territorios; la diferencia de medios hace difícilmente concebible la certidumbre de su comprensión, y, en fin, la naturaleza de esas informaciones plantea la cuestión de saber cómo el director de un diario que quiera juzgar, objetivamente se escapará del influjo de la propaganda. Ni el director del periódico ni el público disponen de una imagen fiel de la Unión Soviética. Y hay que poner atención no resulte que hagamos el juego a la misma, o que suscitemos una reacción de tipo histérico. Ahí está esa reciente contradicción: hace algunos años la Unión Soviética estaba al borde del abismo; luego se la ha presentado como una amenazadora potencia militar y económica... El verdadero peligro puede encontrarse ahí: en esa fluidez de la imagen.

La investigación ha sido hecha acudiendo a directores y corresponsales que estuvieron en algún momento acreditados en Moscú e igualmente a expertos en materias soviéticas. Y el estudio atiende dos vertientes: la concepción, así como las rutinas de la práctica, y seguidamente el problema concreto de la información. Concluye con sugerencias que puedan orientar a la prensa del mundo libre.

La prensa es para los sóviets un instrumento que ha de servir a los propósitos gubernamentales. El periódico es un propagandista y un organizador colectivo. Palabras —y hechos— insisten en enfrentarse con la visión occidental: libertad de prensa es institución capitalista, libertad de movimiento de los corresponsales extranjeros es libertad para preparar el desencadenamiento de una nueva guerra. Todos sabemos que las noticias de Moscú son censuradas, pero no se suele conocer hasta qué punto es dura esa censura y de qué manera resultan absolutas las restricciones a la libertad de desplazarse. Solamente en dos momentos hubo una cierta tolerancia: cuando las victorias militares necesitaban la difusión en el extranjero y cuando la Unrra ayudó económica-

mente y no podía negarse que a los envíos alimenticios siguiesen periodistas norteamericanos. La cosa varió en marzo de 1946 cuando la censura pasó a depender del Partido, al establecerse el Glavlit, organismo encargado de las cuestiones de prensa y de literatura. Las consecuencias han sido las siguientes: supresión de comunicaciones telefónicas no censuradas, cesación de comunicación radiofónica por los corresponsales, fácil asimilación de la información al espionaje, prohibición de relacionarse con las gentes del país (salvo que éstas estén expresamente autorizadas), prohibición de abandonar la Unión a las mujeres rusas casadas con extranjeros, decretos fijando un gran número de zonas prohibidas, dificultades cada vez crecientes en materia de visados... La actividad de los corresponsales en Moscú es casi nula: han de apoyarse de modo exclusivo en las noticias de la prensa de la capital (no la prensa provincial), y encuentran aún así muchas cuestiones tabú (prohibición de indicar en cifras —y sólo por porcentajes— las rebajas de salarios, prohibición de citar el nombre de Trotsky...). Oficialmente no existe censura, y solamente se habla de «normas de orden literario». Cuando uno de los corresponsales que contesta a la encuesta llegó a Moscú, estimó correcto ir a visitar al Jefe de la Censura, pero en seguida le dijeron que no había censor alguno ya que la censura no existía en Rusia... Todo funciona ligado a las comunicaciones; se entrega por triplicado el texto y se pasa a recoger una copia más tarde; esa copia señala lo suprimido en el telegrama que se cablegrafía, pero nada más. El Ministerio no da ningún documento escrito, todo es verbal. Así funcionan también las autorizaciones de desplazamiento, que ha de hacerse sin permitir parada alguna...

En tales circunstancias, ¿qué puede esperarse de los corresponsales? No se transmiten hechos sino discursos, y nunca siquiera las discusiones que anteceden a las decisiones. Faltan, además, noticias de interés humano, económicas y culturales. Por ende, la presentación de una visión de conjunto tiene que fallar desde el momento en que la Unión Soviética muestra tal estabilidad que la vida política propiamente dicha no existe y solamente se encuentra un cierto mecanismo administrativo; sus problemas son, así, puramente técnicos y están desprovistos de interés.

Hay, pues, que buscar otras fuentes. Los libros dan a menudo referencias, pero son cuestiones que no resultan consideradas noticias por los corresponsales. Quizá los países limítrofes dan mejor

base de información que la misma Rusia, partiendo de que el corresponsal haya estado en la Unión Soviética y tenga buen ojo clínico; también los relatos de refugiados, aunque nunca haya en ellos un pez gordo... Pero quizá nada tan elocuente como los silencios de la prensa soviética, llena de afirmaciones y de declaraciones que parten del principio de que allí es todo mejor que en el resto del mundo. Así no se dice nunca nada de crímenes, sucesos, accidentes, divorcios, mendicidad, enfermedad...

Entre las sugerencias que se proponen va, ante todo, la urgencia de preparar gentes especializadas en asuntos soviéticos, apoyándose en la documentación reunida en las instituciones académicas, es decir, con sentido científico. Hace falta que en los diarios importantes haya un equipo de estudiosos que busque y que analice esa información. La aportación de los corresponsales sirve, pero solamente como muestra del ambiente e interpretación del mismo. «ya que pasaron por la censura». También habría que señalar a los lectores la manera de actuar los rusos: un incidente en una población occidental contado por la radio rusa queda tan deformado que su transcripción tiene un efecto fulminante, más eficaz que los mejores artículos de fondo.

4

La encuesta de 1952-53 habría hecho advertir al Instituto que, según varios directores de diarios, una de las zonas en las cuales un mejor servicio resultaba urgente era el Oriente Medio. Alguno de aquéllos —el representante de la «Reuter», Walton A. Cole— resumía las dificultades en tres palabras: censura, carestía y comunicaciones. El Instituto de Prensa de Zurich ordenó una encuesta complementaria sobre los ocho Estados de la Liga Árabe, el Sudán, la Arabia, Persia e Israel. Se excluyó Turquía porque aun estando ligada históricamente al mundo árabe, en este terreno de la información está más bien vinculada a Europa.

Ante todo importa consignar que el corresponsal que tiene atribuido el Oriente Medio se encuentra ante una de las áreas más extensas que puede tener en su profesión. Verdad es que, dispuesta la documentación en regla, existen bastantes facilidades para viajar; las comunicaciones cablegráficas son más difíciles,

por la frecuencia con que se interrumpe el servicio. Lo más grave es la enorme diferencia de estilo de vida y, sobre todo, el hecho de que la opinión pública esté encerrada en concretas minorías locales, mientras la política es asunto de unos cuantos personajes. Si es verdad que existe ya una prensa con algún impulso, el nivel de su difusión queda muy bajo. Los hechos noticiables se dan, pero suelen ser sublevaciones o asesinatos, y esto ofrece una zona muy restringida de atención. El Oriente Medio es, de otra parte, zona de grandes intrigas internacionales, pues sus fuentes de energía son disputadas. El nacionalismo árabe y el sionismo son nuevas fuerzas en juego...

El corresponsal se encuentra con un grupo de países que tienden a constituir una unidad por esfuerzo propagandístico, que acaban de afirmar su independencia y que han entrado en el «concierto de las naciones». En esos países la censura es especialmente dañosa por su variabilidad, no sólo de país a país o de tiempo en tiempo, sino incluso en la forma de su ejercicio. Pero es que no hay que observar únicamente la censura, sino cuidar de que nada desagrade a las autoridades. Las restricciones de desplazamiento son muy gravosas. También en esto hay gran variabilidad: lo mismo se consiguen rápidamente los visados como tardan «días y días». Existen otros obstáculos para el acceso a las noticias. Son parte de ellos el bajo nivel y la falta de prestigio de los periodistas locales, la sospecha con que es mirado todo extranjero... Algunos países consideran que la imagen que se ha dado de ellos es tan mala que no quieren que la prensa se ocupe de los mismos... Los efectos de estas restricciones han de hacerse notar, porque gravan diversamente a cada corresponsal y aun a uno de ellos en distintas oportunidades.

Por ende, Oriente Medio resulta caro, las distancias grandes, el coste de las comunicaciones es muy elevado y a menudo no pueden ser utilizadas.

Las noticias de toda aquella zona están en manos de las agencias mundiales, y apenas el trabajo personal de los enviados o redactores permanentes completa la habitual información. La prensa inglesa nacional dispone de corresponsales, y aun parte de la prensa provincial. El Cairo constituye el cuartel general de este grupo de periodistas. La prensa norteamericana dispone también de una amplia representación, y aun las grandes revistas y semanarios. Europa tiene también corresponsales acreditados y al-

gunos periódicos los sustituyen o completan por informadores no oficiales. Hay que señalar especialmente la prensa francesa y suiza como bien ligada a aquel mundo.

Los países mejor —o más abundantemente informados— sobre el Oriente Medio son Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia: el *New York Times*; el *Times*, de Londres, y *Le Monde*, de París, reflejan plenamente esta posición... Pero... la prensa inglesa no se ocupa más que de las crisis, ofreciendo el resto de la vida como un vacío; la prensa americana nos ofrece informaciones espectaculares; también resulta muy parcial la imagen que aparece en la prensa francesa. Falta, generalmente, la interpretación de los hechos, y aun la visión concreta y renovada de cada país, aspecto éste que al hacer quedar en su sitio al corresponsal, que necesita allí ser volante, conduce a que la información no sea tan directa como debería, y muy a menudo simplemente de tipo gubernativo. Los temas económicos y sociales son sistemáticamente ignorados. Así se puede criticar justamente tanto la cantidad como la calidad de la información.

El estudio concluye estimando que, en efecto, existen dificultades, algunas inherentes al carácter de aquella región, otras resultado de la deliberada política de sus gobiernos, pero que el efecto de estas restricciones es limitado. Importaría hacer de cuando en cuando unos repasos a la situación política general y completar la información de agencia con artículos y crónicas documentales especialmente sobre temas sociales y aspectos de la transformación técnica de cada uno de los países del Oriente Medio, así como sobre las figuras más importantes de los mismos, e igualmente reportajes de corresponsales volantes, de manera que se disminuyan las consecuencias de los obstáculos señalados.

5

La Asamblea general del Instituto Internacional de la Prensa, reunida en el mes de mayo de 1954 en Viena, advirtió con inquietud que incluso en los países que se declaran democráticos y por parte de Gobiernos que rechazarían la idea de recurrir a métodos autoritarios, existen tendencias que limitan la libertad de la prensa, ya por introducción de nuevas leyes, ya mediante la aplicación de las ya establecidas. Los «representantes responsa-

bles de la prensa libre» estimaron la restricción de tal libertad. La referida Asamblea llamó la atención de las autoridades y de la prensa misma sobre este punto, y encargó al Secretariado del Instituto hacer conocer de manera regular a los miembros todo ataque, directo o indirecto, a esa libertad. El estudio que ha publicado es un panorama que recoge la situación entre 1951-1955, distinguiendo grupos de países y tipos de presión: presiones derivadas de las leyes y presiones de tipo administrativo: económicas y políticas.

El Instituto considera a la prensa como intérprete de la opinión pública, solamente vinculada al Gobierno por un *modus vivendi*, que puede llegar a una casi colaboración. Por lo que toca a las «presiones» se estiman tales «todas las reglamentaciones y todos los procedimientos discriminatorios que impiden o pueden impedir a un periodista el ejercicio normal de su profesión al cernirse sobre el mismo cualquier forma de amenaza». Es necesario tener en cuenta estos dos conceptos para comprender el sentido de la encuesta y sus conclusiones —que desconocen no sólo la situación del país donde esta nota se publica, sino también el enfoque que dan al tema las «new Press ideas». Con todo, el Instituto reconoce que la Prensa no está sobre la Ley, y que la libertad de prensa, aunque doctrinalmente sea un concepto absoluto, en la práctica se encuentra siempre matizado de acuerdo con los ambientes donde ha de tener aplicación. Quedan fuera del estudio no sólo los países totalitarios (concepto que de una vez necesita ser puesto al día), sino las medidas de seguridad frente a los grupos que predicán la violencia.

Por lo que toca a las presiones legales, hay que distinguir el régimen derivado de las Constituciones, de las leyes de seguridad, de las leyes de prensa, de las leyes penales y procesales, y, en fin, de las leyes relativas a las publicaciones inmorales. El principio de libertad debe entenderse en vigor allá donde se formula en líneas generales; cuando se fijan demasiado minuciosamente las condiciones puede advertirse el riesgo de que se debilita la norma. Existen, con todo, textos amplios sin restricción consiguiente: tal el ejemplo italiano, y aun textos concisos peligrosos, como el argentino. Las leyes sobre seguridad son particularmente temibles: mal signo es —dice el *rapport*— que el Gobierno juzgue necesario dictar una ley especial, porque estas leyes tienden a reformar la legislación ordinaria y suelen ser seve-

ras. En muchos casos son un resultado de la «guerra fría», y al agravar en tiempo normal la legislación referente a los medios de información, representan un paso hacia el control de la prensa. El Instituto se enfrenta con las leyes de prensa; cree que la experiencia ha revelado que la falta de tales leyes «no pone en peligro ningún interés vital» (parte del hecho de que los belgas no hayan redactado esa ley, prevista en su Constitución hace siglo y medio; y de que ni Estados Unidos, ni Inglaterra, ni los cantones suizos, la tengan). Con todo, la Mancomunidad británica dispone de leyes sobre autorización o registro de periódicos, etc. Y aun hay leyes de prensa, como la sueca de 1949, que se estiman «modelo de liberalismo»... Es tan liberal, «que incluso parece demasiado favorable a la Prensa», llegando a privilegiar al difamador. (¿Por qué nos empeñaremos en ligar el periodismo a esta falta de consideración del prójimo?). Hay, en fin, en la misma Suecia, una Comisión que vigila la buena conducta de la prensa («Press Fair Practices Commission»), y que conoce de los litigios entre los periódicos y el público. Bien que «las leyes de prensa, enteramente satisfactorias desde el punto de vista de la libertad, no sean, desgraciadamente, las más numerosas». Así, las dos más recientes e interesantes son restrictivas: las leyes de prensa de la India y de Turquía. En otros casos, especialmente en América central y meridional, la restricción toca a cuanto puede dañar al «prestigio de los gobernantes», pauta que igualmente se atiende en Grecia y en Italia. Para el Instituto, «en principio, la prensa no debería estar sometida más que a la ley penal ordinaria». Entran ahí las cuestiones relativas a la difamación y, en general, los ataques al honor, así como la provocación al desorden, las noticias falsas y la divulgación de secretos oficiales. De todo ello recoge la encuesta un cierto número de ejemplos recientes. Por lo que toca a las publicaciones inmorales, las disposiciones de los códigos se completan con las de reglamentaciones diversas, por ejemplo, las relativas a los *horror comics*, tanto en el Estado de Nueva York como en Inglaterra, donde, por cierto, un diputado laborista trató de introducir una enmienda que extendiese los efectos también a los diarios, y especialmente a las ediciones dominicales. En Italia, ya en 1951 hubo que reglamentar los *fumetti*. La línea ha sido seguida en Alemania, Irlanda, Africa del Sur, Australia, Nueva Zelanda, etc.

Las presiones económicas están ligadas a la figura, más o me-

nos disfrazada, de la subvención. Hay que empezar teniendo en cuenta que la prensa, estimada servicio de interés público, se beneficia de la atención del Estado: reducciones —y aun exenciones— aduaneras, facilidades de transporte, servicios de información en parte costeados, etc. Esta atención ha de ser mayor donde la prensa sea económicamente más débil, y es claro que donde es más débil se muestra más fácilmente complaciente. Además, la ayuda general puede ser dada de manera discriminatoria. Hay, por ende, en no pocos casos, verdadera subvención directa a los periódicos, o beneficios que sólo favorecen a los diarios progubernamentales. Tal sucede en la América Latina, el Oriente Medio, la Indone-sia, etc. Cuba conoce como una institución la «botella», subvención regular del Gobierno a los directores y a los redactores. Formas análogas se documentan en Venezuela y en Egipto. Otras fórmulas son la distribución desigual de los cupos de papel o de la publicidad oficial. Hay también presiones sindicales, prácticas discriminatorias diversas y presiones políticas directas. En general esas normas se refieren a cuestiones de seguridad nacional, pero parece evidente la tendencia creciente de los Gobiernos a abusar de la noción de seguridad. Las redacciones británicas reciben noticias invitándoles a callar determinadas informaciones que interesan a la nación o a la defensa nacional: son las «D-Notes» que emanan de una comisión en la cual están representados los Ministerios interesados y la prensa. Suiza comunica que ciertas noticias sean señaladas con prudencia. En Holanda se estableció una especie de censura para lo referente a la familia real. En Finlandia el Gobierno impone un *blackout* en temas que pueden influir en las relaciones con la Unión Soviética. En Australia existe lo que se llama *censorship by request*. El Decreto Truman, de septiembre de 1951, que clasificaba los documentos emanados de cuarenta y cinco departamentos en menciones que iban desde el *restricted* al *top secret*... Todavía con la Administración Eisenhower no se dió más que una cierta edulcoración: se redujeron los organismos a veintiocho y se suprimió el término *restricted*...

El examen de todo este volumen es altamente instructivo, y sobre todo revela que los hechos no corresponden a las declaraciones de derecho. A España no se le nombra sino para incluirla entre los países que invitan a la prensa a publicar textos oficiales... Me permito señalar una interesante conclusión: se dice que la lucha por la libertad de la prensa se ha hecho más dura «porque

el número de los países libres ha aumentado». Justamente los datos arriba aportados son de países que han envejecido en el amor a la libertad. ¿No podríamos concluir, mejor, que lo que sucede es que el esquema aplicado en el siglo XIX, a lo largo de los ciento cincuenta años de la Constitución belga, por ejemplo, ya no es útil en 1956? Todo esfuerzo de comprensión fallará —y esta parece ser la tacha que ha de ponerse a la tarea que realiza el Instituto Internacional de la Prensa— si no se encuadra debidamente al Periodismo dentro de un sistema de Comunicaciones comunitarias y de cara al cambio social sobrevenido en el Orbe.

JUAN BENEYTO

RICHARD A. PRESTON, SIDNEY F. WISE y HERMAN O. WERNER:
Men in Arms. A History of Warfare and its interrelationship with Western Society. «Atlantic Press». Londres, 1956, 376 páginas.

Dos profesores canadienses y otro norteamericano (Estados Unidos) han emprendido la ardua tarea de resumir la historia militar de nuestro mundo, presentándola en constante relación con los progresos de las armas y de la táctica, y con el desarrollo y vida de los pueblos integrados en el llamado «grupo occidental»; tarea, sin duda, muy atrevida, sobre todo en cuanto se refiere al equilibrio entre las vidas bélica y pacífica —sociales ambas— que han servido a los autores de *leit motiv* para escribir el libro cuya reproducción inglesa comentamos (*).

De cuantas obras aparecen en la bibliografía unida a ese trabajo —miscelánea y diccionarios, historia social y militar, monografías, estudios estratégicos y tácticos...—, suficientes, en conjunto, para integrar una excelente biblioteca, creo que el de Toynbee (*Study of History*) y los de Fuller (*War and Western Civilization*, sobre todo) son los que han influido más intensamente en la contextura general de nuestro *Men in arms*. Ambos escritores son filósofos, si bien con fuerza y orientación muy diferentes; y sus comentarios sobre la guerra y sobre la historia universal son factores que, por

(*) El original fué publicado en los Estados Unidos en 1955 con el mismo título.

fuerza, han contribuído mucho al fundamento y a las tesis no completas e inseguras que presentan los firmantes del trabajo reseñado. (Y, por mi parte, desearía muy de veras conocer el parecer o el nuevo comentario de uno y otro —Fuller y Toynbee— sobre las apreciaciones pseudo-filosóficas de Preston, de Werner y de Wise, porque ese parecer o comentario integraría una crítica perfecta del trabajo mencionado.)

Se obstinan sus autores —ya lo he dicho— en conseguir un perenne equilibrio entre el conflicto bélico y la paz social. Pretenden estudiar la influencia de la guerra en la estructura de Occidente; y, a ese efecto, presentan los ejércitos como un simple reflejo de la civilización de cada tiempo y admiten que esta civilización ha sido el medio indispensable y decisivo para obtener cada victoria. A lo largo de su estudio, desde el comentario inicial llevado a cabo sobre el Período Clásico hasta las ideas finales sobre la guerra fría, pasando por el orden paralelo (aplicado a la vida y al combate), por las antiguas invasiones, las campañas de la época feudal, la influencia de la pólvora, el dominio de los mares, las contiendas limitadas y las dos guerras mundiales, las opiniones emitidas por Richard Preston y sus colaboradores, sobre los principios que se acaban de citar, tienden siempre a la horizontalidad de una balanza filosófica, que Fuller o que Toynbee (sobre todo) habrían inclinado hacia una parte o la contraria, con arreglo a unos principios seriamente meditados y completamente exentos de toda orientación afilosófica.

Werner, Preston y Wise resumen todo cuanto se refiere al belicismo medieval. Recuerdan, con encomio, nuestras Cortes. Hablan con simpatía de la Conquista. Describen brevemente las intervenciones de los tercios españoles en las guerras de Italia y en las de Flandes. Comentan, finalmente, con agrado, la victoria de Lepanto, conseguida —como dicen— por «Don John».

Respecto a América y a Europa en general, las citas son completas. Preston y los suyos argumentan sobre todos los jalones de la historia. Pasan por las guerras principales con relativa calma: la indispensable para dar a sus lectores la posibilidad de comparar con lo pasado y lo futuro. Tratan, además, de suavizar la última meta. Según ellos, el vencedor de otro conflicto —de una tercera guerra— no ganará una paz que dure. Quieren, como tantos, señalar la pauta, e insinúan, a ese efecto, que esa tercera guerra sólo se evitará mediante una Gran Federación que se halle destina-

da a la defensa colectiva. Creen, para acabar, que el conocimiento de la potencia destructora puede constituir un lenitivo muy eficaz contra toda nueva lucha universal.

Es evidente que el libro está caracterizado por una visión de conjunto más perfecta que la de uno cualquiera de los trabajos similares europeos. El observatorio está alejado, y esto ayuda a los autores a enfocar mejor los personajes, las contiendas, los períodos bélicos incluso. Además, dicho observatorio está en la altura, y los autores en cuestión han procurado no posarse con auxilio de un helicóptero moderno, sino de subir como a la cofa de una nave, haciendo uso de la escala preparada por los historiadores clásicos. Han subido paso a paso; y paso a paso es necesario acompañarles. Su orientación ayuda a no olvidar ese consejo.

El libro es muy completo, y está escrito en forma sencilla. Sin duda alguna, merece ser incluido en la biblioteca a que se alude al empezar esta reseña.

C. M. C.

MURPHY, Gardner: *Personalidad; una investigación biosocial de sus orígenes y estructura*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos (Biblioteca de Cuestiones Actuales), 1956, 994 pág. Traducida del inglés por Carmen Castro.

Después de distinguir dos conceptos de personalidad, uno general, relativo a las características del hombre, y otro más entrañablemente unido a las diferencias individuales, se decide por la consideración de los aspectos comunes, por razones que justifica; pero sin confundir esta consideración psicológica con la Psicología general al uso, antes bien, postulando la visión *personal* de dicha Psicología: «La Psicología de la Personalidad sería, pues, una especie particular de la Psicología General, que señala una totalidad y relaciones orgánicas sistemáticas producidas dentro de ella.»

En la excelente obra de Melvin H. Marx, *Psychological Theory; contemporary readings* (Nueva York, MacMillan, 1956), en la que se compilan los testimonios originales en que prestigiosos autores compendian sus propias teorías, consideradas por el compilador como representativas de los problemas teóricos de la Psico-

logía actual, uno de los cuatro expositores de la *Personalidad*, G. Murphy, elige como síntesis de sus propios conceptos el mismo párrafo que se recoge en la introducción del presente volumen con el epígrafe de «tres niveles de complejidad». Condensaré más todavía esta síntesis para el lector apresurado.

La personalidad presenta tres niveles de complejidad. Puede ser considerada como entidad aislada, como una entidad interiormente organizada y como una entidad ambientalmente relacionada.

En el primer sentido, se compara la personalidad a cualquier elemento u objeto dentro de un amplio contexto: una mota en un mapa, una bola de billar en una mesa. Así se la considera, por ejemplo, cuando se la aborda estadísticamente.

En el segundo nivel, la personalidad es comparable a una crisálida encontrada en el bosque. Además de las propiedades que la individualizan frente al exterior, está interiormente organizada, configurada según distintos tipos de mutua relación de sus partes y funciones.

Mas ni por su aspecto exterior ni por la estructura de sus miembros puede deducirse la dinámica por la cual, a través de una presión evolutiva íntima y de mil influencias extrínsecas, se transforma en mariposa. «Su estructura interna se halla mantenida y, en parte, dirigida en su desarrollo mediante un campo de relaciones exteriores». Este es el tercer nivel de complejidad, inconmensurablemente más destacado en el hombre que en la crisálida. «Hallar una barrera escueta entre el yo y el no yo es más bien tarea metafísica». No hay barrera inequívoca entre el yo y el mundo ambiente que lo influye. El sujeto es un nodo mudable dentro de un campo de relaciones, a semejanza como un campo electromagnético no permite una demarcación estricta de fronteras, pudiendo variar, además, constantemente, como resultado de las modalidades e intensidades de la corriente. En su artículo de la teoría del campo y la supervivencia, publicado en 1948, anticipaba el autor estos conceptos al atribuir al hombre dos tipos de capacidades o recursos para adaptarse al ambiente: la aptitud de responder a las energías físicas y la aptitud de establecer contacto ocasional con los acontecimientos pasados, presentes y futuros, sin desperdicio de energía. «La personalidad humana en el transcurso de la vida —resumía— es un aspecto del campo en que aparece.»

Si es postulado que la Psicología de la Personalidad estudia la totalidad del hombre, no lo es menos que este estudio es inviable

en el supuesto de omitirse cualquiera de estas tres modalidades estructurales. Por ellas se verifica, siempre según el autor, la transición desde la visión del individuo en sí mismo hasta la perspectiva de su inserción social y, en cuanto hombre, asimismo hasta su fusión en el mundo de los valores.

Aunque el libro presenta un concepto sistemático de los datos generales y de los conceptos relativos al desarrollo de la personalidad, no sólo no se limita a registrar dichos conceptos, sino que alienta en todo él un espíritu de síntesis unitaria que, a través de lo biológico, lo psicológico, lo antropológico y lo histórico, los integra en una visión dinámica para constituir una de las teorías de la personalidad mejor configuradas del momento actual.

Las partes del libro se refieren sucesivamente a las bases orgánicas, el aprendizaje, la perspectiva personal, el yo, la integración en una totalidad y el individuo en el grupo.

Concluye con un glosario de treinta páginas de definiciones básicas, elaborado en combinación con el índice del texto. Se ha omitido en la versión española la rica bibliografía del original (749 volúmenes), por razones, sin duda, de adaptación. La traducción es, en líneas generales, buena y casi siempre genuina.

F. SECADAS

MANUEL FUENTES IRUROZQUI: *Mercado común y área de libre cambio*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1957.

El 25 de marzo de 1957 tuvo lugar en Roma la firma de los tratados que constituían la Comunidad Económica de la Pequeña Europa. Inmediatamente una ola de curiosidad y de expectación sobre el contenido y posibles efectos de los acuerdos se despertó por toda Europa. La opinión pública intuyó rápidamente la importancia del hecho. Pues bien, a toda esta curiosidad e incluso nerviosismo, no se pudo contestar, concretamente en España, más que con respuestas imprecisas y referencias de segunda mano. De aquí que se justifique plenamente el interés de la obra de M. Fuentes Irurozqui.

El autor dió una conferencia a los pocos días de la firma del Pacto de Roma, en la que hizo patente cómo él había seguido de cerca la delicada gestación de los acuerdos. La obra que comen-

tamos hoy es, en su contenido esencial, el texto de aquella conferencia completado con los últimos acuerdos y precisiones del Mercado Común Europeo.

Arranca el presente estudio del lugar donde lo hizo el Mercado Europeo, es decir, de la unión aduanera del «Benelux». Desde aquel momento, septiembre de 1944, se empezó de forma positiva a intentar lograr el progreso Europeo a través de una más eficaz especialización de los medios de producción. El minifundismo político y aduanero del mapa de Europa se vió claramente que era el enemigo número uno de la gran industria y de la verdadera producción a gran escala.

Los intentos posteriores fueron múltiples, pero hasta el año 1949 en que se creó la Organización Europea de Cooperación Económica, todos los trabajos en este sentido no pasaron de ser meras tentativas.

Como institución previa al Mercado Común ha tenido la C. E. C. A. (Comunidad Europea del Carbón y del Acero) una importancia trascendental. La C. E. C. A. demostró a lo largo de sus seis años de funcionamiento, que la existencia de grandes mercados favorece de forma objetiva, y sin atender por ahora a otras ventajas, el aumento de la producción y principalmente el abaratamiento de la misma. La teoría había traspasado la barrera de la práctica con éxito total. Hombres de negocios e incluso políticos de los más variados credos predijeron el hundimiento de la industria pesada italiana, que era la que en el momento de la firma del Tratado tenía unos costes de producción más elevados. Naturalmente se tomaron seguridades; entre otras se facilitaron créditos para la readaptación de las industrias, asimismo se tomaron medidas para que posibles cierres o alteraciones en las empresas no planteran un problema de paro, solucionable tan sólo a largo plazo.

El éxito de la C. E. C. A. fué tan rotundo, que en marzo de 1955, y a propuesta del Ministro de Asuntos Exteriores de Holanda, se declaró que convenía «prestar nueva atención a la noción de la integración Europea». El parecer de los seis ministros y representantes fué unánime: Spaak (Bélgica), Bech (Luxemburgo), Monet (Francia)..., se adhirieron inmediatamente a la idea de ampliar el «pool» del carbón y del acero a todas las otras ramas de la producción.

Desde aquel momento se empezaron a recibir propuestas y

anteproyectos de la futura Unión Aduanera Europea. Estos tanteos preliminares comenzaron a entrar en el campo de la precisión a partir de la conferencia de Messina, que congregó en el mes de junio de 1955 a los seis ministros de Asuntos Exteriores de los países miembros de la C. E. C. A.

De la conferencia de Messina nació el «Euratom» para la investigación y explotación de la energía nuclear, con fines primordialmente pacíficos. En Messina se trazó el plan de trabajo y se concretaron los objetivos para el futuro Mercado Común Europeo:

— Supresión progresiva de barreras y obstáculos a la libre circulación de Mercancías y Capitales dentro de los países de la Comunidad.

— Armonización de las políticas financieras, monetarias, fiscales y laborales dentro de los países interesados.

— Creación de cláusulas de salvaguardia, entre las que se incluían: Creación de un fondo de readaptación y de inversiones para ayudar a las zonas menos favorecidas momentáneamente por el hecho de la unificación.

También se estipuló la libre circulación de la mano de obra, aunque esto con carácter de medida más a largo plazo, etc.

Las reuniones siguientes tuvieron lugar en Bruselas y en Venecia. Se crearon diversas comisiones de trabajo, alrededor de las cuestiones capitales, y se preveyó la creación del Mercado Común de forma progresiva y escalonada. El plazo para su funcionamiento normal sería de doce años, que haciendo uso de las prórrogas puede extenderse a quince y aun a diecisiete años.

Los problemas capitales con los que se encontraron los técnicos fueron cuestiones de marcado matiz político.

Así, el Parlamento Francés, que presentó en casi todas las deliberaciones una unanimidad poco frecuente, señaló la dificultad de extender, al menos por el momento, el Mercado Común al área de los productos agrícolas. La cuestión de los territorios de Ultramar preocupó también seriamente al Parlamento Francés. Francia tiene convenios aduaneros con extensas zonas de Africa, y hubiera sido un grave error político el anularlos para no entorpecer la unidad europea. Se pidió, por último, con gran sentido previsor,

un fondo de inversiones con una cuantía global de 580 millones de dólares para el primer período de cinco años.

Es importante señalar la postura de Alemania ante este problema, ya que aunque, de momento, no tiene intereses políticos en África, aportará al fondo común 200 millones de dólares, teniendo, además, que desatender, al menos en parte, sus nuevos mercados del Oriente Medio y Asia.

Se prevé la creación de un Fondo de Readaptación de Trabajadores, que ya había existido, como mencionamos de pasada, en el «Pool del Carbón y del Acero». Esta organización, que en aquella ocasión nunca tuvo que emplearse en gran escala, es, en este momento, una garantía básica que presidirá la gran transformación económica que va a tener lugar en Europa en los próximos quince años.

Todavía no se han precisado con claridad puntos de tanto interés como el sistema fiscal, que prevalecerá el de la recién estrenada Unión Europea. Pero esto es, al menos en su primera fase, una cuestión marcadamente técnica. Por otra parte, Francia ha planteado diversas cuestiones referentes a la necesaria homogeneización de las relaciones laborales y de seguridad social.

Todas estas posibles zonas de discusión son objeto de estudio por parte de las respectivas comisiones encargadas de su estudio, y están tomadas previsiones para el caso de que persistan las discrepancias.

En el orden de la técnica aduanera existe una meticulosa reglamentación de los aranceles y de su desaparición progresiva entre los países miembros. Para tal fin se han clasificado los productos de acuerdo con el tipo de tarifas con que actualmente están gravados.

Como complemento a toda esta política de gran Mercado y de permeabilidad absoluta entre los países participantes, se han dictado disposiciones referentes a la libertad del traslado de capitales dentro de la zona del Mercado Común.

Toda esta organización estará regida, en su instancia más elevada, por el Consejo de Ministros de los países «federados». Inmediatamente después, y con carácter de órgano supranacional, está la «Comisión Europea», encargada de velar por el buen funcionamiento del sistema. El presidente y los vocales estarán nombrados por los gobiernos de los países miembros. Una «Corte de Justicia» estará encargada de examinar las quejas sobre posibles violaciones del texto del acuerdo. Por último, la «Asamblea Común» hará las veces

de Parlamento, tanto para cuestiones del Mercado Común como para las referentes al Euratom.

La respuesta inglesa a toda esta reestructuración económica del Continente ha sido el proyecto de una zona de libre cambio. Esta propuesta, más que por su texto y articulado, la conocemos por los objetivos que se propone. La postura inglesa se apoya básicamente en dos puntos fundamentales para ella: sus relaciones especiales con los países de la Commonwealth y la situación muy particular de su mercado agrícola. Bajo estas dos premisas propone una unión aduanera entre los asociados, pero que, a diferencia del Mercado Común, permitiera libertad total a cada uno de los miembros para fijar sus aranceles con el exterior

Evidentemente, esto, a primera vista, se presta a grandes inconvenientes, y sería necesario precisarlo con más rigor. La propuesta inglesa excluye asimismo de la libertad del tráfico a los productos agrícolas. Como ventaja primordial ofrece la posibilidad de integrar de momento a todos los países pertenecientes a la O. E. E. C.

La U. R. S. S. presentó también un proyecto en términos muy inconcretos, que a su vez abarcaba a gran número de países, incluidos los Estados Unidos de América.

Acaba la primera parte del trabajo de M. Fuentes Irurozqui con una breve referencia a España. Presenta un cuadro detallado del volumen de las importaciones y exportaciones españolas en la zona del Mercado Común. Del conjunto se desprende que para España es simplemente vital el adoptar una postura activa a este respecto.

La segunda parte del trabajo consta de los textos reguladores del Mercado Común Europeo y de los referentes a la Zona de Libre Cambio.

JUAN LLADÓ

